

PRIMER ACTO

(Un acogedor salón amueblado con gusto, pero sin lujo. Al fondo a la derecha, una puerta da al recibidor; al fondo a la izquierda, otra conduce al despacho de Helmer. Entre ambas puertas, un piano. En medio de la pared de la izquierda, otra puerta y, más adelante, una ventana. Cerca de esta, una mesa redonda con sillones y un pequeño sofá. En la pared lateral de la derecha, algo retirada, una puerta y en esa misma pared, más cerca del primer término, una estufa de azulejos con un par de sillones y una mecedora delante. Entre la estufa y la puerta lateral, una mesita. En las paredes, grabados. Una estantería con objetos de porcelana y otros adornitos; una pequeña vitrina con libros lujosamente encuadernados. Alfombra en el suelo; la estufa está encendida. Día de invierno.)
(Llaman a la puerta del recibidor; al poco se escucha a alguien abrir. Nora entra en el salón canturreando alegremente, lleva puesta la ropa de abrigo y en las manos una buena cantidad de paquetes que deposita sobre la mesa a la derecha. Al entrar, deja abierta la puerta del recibidor y fuera se ve a un recadero que trae un abeto de Navidad y una cesta que le pasa a la criada que les ha abierto.)

NORA.— Esconde bien el árbol de Navidad, Helene. Que los niños no lo vean hasta la noche, cuando esté adornado. *(Al recadero; saca su monedero.)* ¿Cuánto...?

RECADERO.— Cincuenta céntimos.

NORA.— Aquí tiene una corona. No, quédese con el cambio.

(El recadero da las gracias y se va. Nora cierra la puerta. Continúa alegre y se ríe por lo bajo mientras se quita la ropa de abrigo.)

NORA (*se saca del bolsillo una bolsa de pastelitos de almendra y se come un par; a continuación se acerca sigilosamente a la puerta de su marido y se pone a escuchar a través de ella.*).— Sí, está en casa. (*Sigue canturreando mientras se dirige a la mesa de la derecha.*)

HELMER (*dentro de su despacho*).— Alondra, ¿eres tú la que gorjea ahí fuera?

NORA (*que está abriendo alguno de los paquetes*).— Sí, soy yo.

HELMER.— Ardilla, ¿eres tú la que enreda?

NORA.— ¡Sí!

HELMER.— ¿Cuándo has vuelto a casa, ardillita?

NORA.— Ahora mismo. (*Se mete la bolsa de pastelitos en el bolsillo y se limpia alrededor de la boca.*) Ven aquí, Torvald, que te voy a enseñar lo que he comprado.

HELMER.— ¡No molestes! (*Al poco abre la puerta y asoma la cabeza, con la pluma en la mano.*) ¿Comprado, dices? ¿Todo eso? ¿Otra vez has salido a tirar el dinero, cabe-cilla de chorlito?

NORA.— Pero, Torvald, este año habrá que soltarse un poco la melena. Al fin y al cabo es la primera Navidad que no tenemos que ahorrar.

HELMER.— Ah, te diré que tampoco estamos como para despilfarrar.

NORA.— Sí, Torvald, un poco sí que podremos despilfarrar, ¿no? Solo una pizca de nada. Ahora vas a tener un buen sueldo y ganar mucho, mucho dinero.

HELMER.— Sí, a partir de Año Nuevo; pero no cobraré hasta que pase todo el primer trimestre.

NORA.— Bah. Entre tanto, siempre podemos pedir prestado.

HELMER.— ¡Nora! (*Se acerca a ella y le agarra la oreja de broma.*) ¿Ya estás otra vez con la inconsciencia a cuestras? Imagínate que pidiera hoy prestadas mil coronas y tú las malgastaras en la semana de Navidad y que luego,

en Nochevieja, me cayera una teja en la cabeza y me quedara en el sitio.

NORA (*le pone la mano sobre la boca*).— Qué horror, no digas esas cosas.

HELMER.— Pues sí, imagínate que pasara algo así. ¿Entonces qué?

NORA.— Si pasara algo tan espantoso, me daría exactamente igual tener deudas que no tenerlas.

HELMER.— Ya. ¿Y la gente que me hubiera prestado el dinero?

NORA.— ¿Qué gente? ¿Qué nos importan? ¡No son nada nuestro!

HELMER.— Nora, Nora, ¡hasta qué punto eres mujer! En fin, hablando en serio, Nora; ya sabes lo que pienso sobre este asunto. ¡Nada de deudas! ¡Nada de préstamos! Cierta falta de libertad se cierne sobre los hogares que se fundan en deudas y préstamos, y por tanto también una falta de belleza. Hasta el día de hoy hemos aguantado como dos valientes y eso mismo seguiremos haciendo el poco tiempo que todavía hará falta.

NORA (*se dirige hacia la estufa*).— Está bien, Torvald, como quieras.

HELMER (*la sigue*).— Ea, ea, no me vayas a arrastrar las alas, ¿eh, alondra? ¿No estarás refunfuñando, ardillita? (*Saca el monedero.*) Nora, ¿a qué no sabes lo que tengo aquí?

NORA (*se vuelve rápidamente*).— ¡Dinero!

HELMER.— Mira. (*Le tiende algunos billetes.*) Por Dios, sé que en Navidades se va mucho dinero en una casa.

NORA (*cuenta*).— Diez, veinte, treinta, cuarenta. Ay, gracias, gracias, Torvald; con esto me apaño un buen trecho.

HELMER.— Más te vale.

NORA.— Que sí, que sí, descuida. Pero ven aquí, que te voy a enseñar todo lo que he comprado. ¡Y ha sido tan barato!

Mira, ropa nueva para Ivar... y un sable. Y aquí tengo un caballo y una trompeta para Bob. Y esto es una muñeca con su camita, para Emmy; no es más que una baratija, pero al fin y al cabo lo destroza todo enseguida. Y aquí tengo unos pañuelos y telas para los vestidos de las chicas; aunque la vieja Anne-Marie se merecería mucho más.

HELMER.— ¿Y qué hay en ese paquete de ahí?

NORA (*chillando*).— ¡No, Torvald! ¡No puedes verlo hasta la noche!

HELMER.— Ah, ya. Pero dime, ¿qué tienes pensado para ti, pequeña derrochadora?

NORA.— Bah, ¿para mí? Yo no quiero nada.

HELMER.— Claro que quieres. A ver, dime algo sensato, lo que más te apetezca.

NORA.— No, de verdad que no se me ocurre nada. Bueno, sí, Torvald.

HELMER.— Dime.

NORA (*jugueteando con los botones de su marido; sin mirarlo*).— Si de verdad quisieras regalarme algo, siempre podrías... podrías...

HELMER.— Vamos, vamos, suéltalo.

NORA (*deprisa*).— Podrías darme dinero, Torvald. Lo que buenamente puedas, que después ya me compraré yo algo un día de estos.

HELMER.— Pero, Nora, no...

NORA.— Ay, sí, querido Torvald, hazlo así; te lo pido de corazón. Podría envolver el dinero en un bonito papel dorado y colgarlo del árbol. ¿A que tendría su gracia?

HELMER.— ¿Cómo se llaman esos pajarillos que siempre lo enredan todo?

NORA.— Ya, ya, chorlitos, lo sé. Pero hagamos como te digo, Torvald; así podré pensarme bien lo que necesito. ¿No te parece sensato, eh?

HELMER (*sonriendo*).— Desde luego que sí; esto es, si de verdad pudieras guardarte el dinero que te doy y realmente te compraras algo. Pero al final se te va en la casa y en otras cosas inútiles y luego me toca desembolsar otra vez.

NORA.— Ay, pero, Torvald...

HELMER.— Es innegable, mi querida Nora. (*Le rodea la cintura con el brazo.*) El chorlito es lindo, pero gasta mucho dinero. Es increíble lo que le cuesta a un hombre mantener a un chorlito.

NORA.— Pero bueno, ¿cómo puedes decir eso? De verdad que ahorro todo lo que puedo.

HELMER (*se echa a reír*).— Sí, dices bien. Todo lo que *puedes*. Pero es que no puedes nada.

NORA (*canturrea por lo bajo y sonríe contenta*).— Mmm, si supieras los gastos que tenemos las alondras y las ardillas, Torvald.

HELMER.— Eres un caso, pequeña. Exactamente como tu padre. Te desvives por conseguir algo de dinero, pero en cuanto lo tienes, se te escurre entre los dedos; y nunca sabes en qué se te ha ido. En fin, hay que aceptarte como eres. Lo llevas en la sangre. Que sí, que sí, que esas cosas se heredan, Nora.

NORA.— Ay, pues no sabes lo que me hubiera gustado a mí heredar muchas de las cualidades de papá.

HELMER.— Y no sabes lo que me hubiera disgustado a mí que fueras distinta a como eres, mi dulce alondrita cantora. Pero, oye, me estoy dando cuenta de que... Hoy tienes aspecto de... de... ¿cómo llamarlo?... de andar con secretos.

NORA.— ¿Yo?

HELMER.— Desde luego que sí. Mírame a los ojos.

NORA (*lo mira*).— ¿Y bien?

HELMER (*la amenaza con el dedo*).— Golosilla, ¿no habrás estado enredando por el centro, no?

NORA.— No, ¿cómo se te ocurre?

HELMER.— ¿De verdad que no te has pasado por la pastelería, golosilla?

NORA.— No, Torvald, te aseguro que...

HELMER.— ¿No habrás estado picando de la mermelada?

NORA.— En absoluto.

HELMER.— ¿Ni siquiera has mordisqueado un pastelito o dos?

NORA.— No, Torvald, de verdad que te aseguro que...

HELMER.— Vamos, vamos; estoy bromeando, por supuesto...

NORA (*se dirige a la mesa de la derecha*).— No se me pasaría por la cabeza llevarte la contraria.

HELMER.— Ya lo sé, y además me has dado tu palabra... (*Se acerca a ella.*) Anda, guárdate tus secretillos de Navidad, bonita, me imagino que esta noche saldrán a la luz cuando encendamos las velas del árbol.

NORA.— ¿Te has acordado de invitar al doctor Rank?

HELMER.— No. Pero tampoco hace falta, se da por supuesto que cenará con nosotros. Además, puedo invitarlo ahora, cuando se pase por aquí. He encargado un buen vino. No te puedes imaginar lo ilusionado que estoy con la noche, Nora.

NORA.— Yo también. ¡Y lo que van a disfrutar los niños, Torvald!

HELMER.— Ah, es un gusto saber que se tiene un puesto fijo y seguro; y unos ingresos generosos. ¿Verdad que es un placer?

NORA.— ¡Ay, es maravilloso!

HELMER.— ¿Te acuerdas de las Navidades pasadas? Durante las tres semanas previas, te encerraste cada noche hasta las tantas para hacer las flores del árbol y todas

las demás delicias con las que nos ibas a sorprender. Uf, fue la temporada más aburrida de mi vida.

NORA.— Pues yo no me aburrí nada.

HELMER (*sonriendo*).— Pero el resultado fue bastante pobre, Nora.

NORA.— Ay, ¿otra vez me vas a chincar con eso? ¿Qué culpa tengo yo de que entrara el gato y lo destrozara todo?

HELMER.— Ninguna, desde luego, mi pobrecita Nora. Tenías toda la buena intención y querías alegrarnos, eso es lo principal. Pero menos mal que ya han pasado los tiempos de austeridad.

NORA.— Sí, desde luego que es maravilloso.

HELMER.— Ya no tendré que pasarme las noches solo y aburrido, y tú no tendrás que martirizarte esos bonitos ojos, ni esas manitas tan blancas y finas...

NORA (*aplaudiendo*).— ¿Verdad que no, Torvald, que ya no hace falta? ¡Ay, qué maravilla y qué delicia oírte decir eso! (*Le coge del brazo.*) Te voy a contar cómo tengo pensado que nos organicemos, Torvald. En cuanto pasen las Navidades... (*Llaman a la puerta en el recibidor.*) Uy, están llamando. (*Ordena un poco el salón.*) Parece que viene alguien. Qué fastidio.

HELMER.— Recuerda que no estoy en casa para las visitas.

CRIADA (*en la puerta de la entrada*).— Señora, hay aquí una mujer...

NORA.— Sí, que pase.

CRIADA (*a Helmer*).— Y al mismo tiempo ha llegado el doctor.

HELMER.— ¿Ha entrado directamente en mi despacho?

CRIADA.— Sí, eso ha hecho.

(Helmer se dirige a su despacho. La chica hace pasar al salón a la señora Linde, que lleva ropa de viaje, y cierra la puerta a sus espaldas.)

SRA. LINDE (*abatida y un poco vacilante*).— Buenos días, Nora.

NORA (*insegura*).— Buenos días...

SRA. LINDE.— Supongo que no me reconoces.

NORA.— No sé... Ah, espera, creo que... (*Exclamando.*)
¡Cómo! ¡Kristine! ¿De verdad que eres tú?

SRA. LINDE.— Sí, soy yo.

NORA.— ¡Kristine! ¡Mira que no reconocerte! Pero cómo podría... (*Más bajo.*) ¡Cuánto has cambiado, Kristine!

SRA. LINDE.— Sí, eso parece. Han pasado nueve o diez largos años...

NORA.— ¿Tanto hace que no nos vemos? Sí, es cierto. Ay, no sabes lo feliz que he sido estos últimos ocho años. ¿Y ahora has venido a la ciudad? Un viaje tan largo en pleno invierno. Qué valiente.

SRA. LINDE.— He llegado esta mañana con el barco de vapor.

NORA.— Para divertirme en las Navidades, claro. ¡Ah, qué placer! Eso, divertirnos es lo que vamos a hacer. Pero quítate el abrigo, mujer. ¿No tendrás frío? (*La ayuda.*) Ea, ahora nos vamos a sentar aquí junto a la estufa. ¡No! ¡Tú ahí, en el sillón! En la mecedora me siento yo. (*Le coge las manos.*) Bueno, ya vuelves a tener la cara de siempre; ha sido solo la primera impresión... Aunque sí que estás un poco más pálida, Kristine... y quizá un poco más flaca.

SRA. LINDE.— Y mucho, mucho más vieja, Nora.

NORA.— Sí, quizá un poco mayor, un poquitito de nada; no mucho, desde luego. (*De pronto se interrumpe, seria.*) ¡Ay, pero qué inconsciente soy, no paro de hablar! Kristine, preciosa, ¿podrás perdonarme?

SRA. LINDE.— ¿A qué te refieres, Nora?

NORA (*en voz baja*).— Kristine, pobrecita, pero si te quedaste viuda.

SRA. LINDE.— Sí, hace tres años.

NORA.— Ay, mira que lo sabía, lo leí en los periódicos, claro. Ay, Kristine, tienes que creerme, pensé mil veces en escribirte; pero siempre acababa posponiéndolo, siempre surgía algo...

SRA. LINDE.— Querida Nora, lo entiendo perfectamente.

NORA.— No, Kristine, estuvo muy feo por mi parte. Ay, pobrecita mía, lo que debes de haber pasado... Y además no te dejó nada de qué vivir, ¿verdad?

SRA. LINDE.— No.

NORA.— ¿Ni siquiera hijos?

SRA. LINDE.— No.

NORA.— ¿Así que no te dejó nada de nada?

SRA. LINDE.— Ni siquiera una pena o una añoranza a la que agarrarme.

NORA (*la mira con incredulidad*).— Pero, Kristine, ¿eso cómo va a ser?

SRA. LINDE (*sonríe apesadumbrada y le acaricia el pelo*).— Bueno, a veces pasan esas cosas, Nora.

NORA.— Completamente sola, entonces. Tiene que ser muy duro. Yo tengo tres hijos preciosos. Aunque ahora mismo no puedes verlos, están fuera con la niñera. Pero cuéntamelo todo, anda...

SRA. LINDE.— No, no, no, mejor cuéntame tú.

NORA.— No, empieza tú. Hoy no quiero ser egoísta. Hoy quiero pensar solo en tus asuntos. Aunque una cosa sí tengo que contarte. ¿Te has enterado de la gran alegría que nos hemos llevado estos días?

SRA. LINDE.— No. ¿Qué ha pasado?

NORA.— Fíjate, a mi marido lo han nombrado director del Banco de Acciones.

SRA. LINDE.— ¿A tu marido? ¡Ay, qué suerte...!

NORA.— ¡Sí, inmensa! Ser abogado es una manera muy insegura de ganarse el pan, sobre todo cuando te niegas a hacer negocios que no sean finos y decentes. Y Torvald siempre se ha negado, por supuesto; y yo lo apoyo completamente, claro. ¡Ay, no sabes lo ilusionados que estamos! En Año Nuevo ya asumiré el cargo en el banco, y entonces tendrá un buen sueldo y muchas comisiones. A partir de ahora podremos vivir de otra manera... podremos vivir como queramos. ¡Ay, Kristine, no sabes lo ligera y feliz que me siento! Porque estarás de acuerdo conmigo en que es un placer tener dinero de sobra y no tener que preocuparse por eso, ¿verdad?

SRA. LINDE.— Sí, al menos sería un placer tener lo imprescindible.

NORA.— ¡No, no solo lo imprescindible! ¡Sino mucho, mucho dinero!

SRA. LINDE (*sonriendo*).— Nora, Nora, ¿aún no has sentado cabeza? Cuando ibas al colegio ya eras una gran derrochadora.

NORA (*se ríe por lo bajo*).— Sí, eso mismo dice Torvald aún. (*La amenaza con el dedo.*) Pero «Nora, Nora» no está tan loca como pensáis... Te puedo asegurar que las cosas no han estado como para derrochar. Aquí hemos tenido que trabajar los dos.

SRA. LINDE.— ¿Tú también?

NORA.— Sí, he hecho cosillas, labores; bordados, ganchillo... (*De pasada.*) Y también otras cosas. Supongo que sabrás que Torvald dejó el ministerio cuando nos casamos. No había perspectivas de ascenso en su departamento y tenía que ganar más dinero que antes, claro. Pero el primer año se extenuó, fue terrible. Tuvo que buscar ingresos extra de todo tipo, te puedes imaginar,

y trabajaba a todas horas. Pero no pudo soportarlo y cayó gravemente enfermo. Y los médicos dictaminaron que tenía que viajar al Sur.

SRA. LINDE.— Sí, estuvisteis un año entero en Italia, ¿no?

NORA.— Desde luego. Y te puedo asegurar que no fue nada fácil salir de aquí. Ivar acababa de nacer. Pero irnos, nos teníamos que ir, claro. Ay, fue un viaje maravilloso, y a Torvald le salvó la vida. Aunque costó muchísimo dinero, Kristine.

SRA. LINDE.— Ya me imagino.

NORA.— Mil doscientos escudos costó. Cuatro mil ochocientas coronas. Qué cantidad de dinero, oye.

SRA. LINDE.— Sí, aunque en estos casos al menos es una suerte tenerlo.

NORA.— Pues sí, te diré, me lo dio papá.

SRA. LINDE.— Ah, ya. Tu padre murió justo por esas fechas, creo.

NORA.— Sí, Kristine, fue justo entonces. Y fíjate que no pude ir a cuidarlo. Me encontraba a la espera de que Ivar naciera de un día para otro. Y además tenía que cuidar del pobre Torvald, que estaba enfermo de muerte. ¡Mi querido papá! ¡Con lo bueno que era! Nunca volví a verlo, Kristine. Ay, es lo peor que me ha pasado desde que me casé.

SRA. LINDE.— Sí, ya sé que lo querías mucho. Pero entonces os fuisteis a Italia, ¿no?

NORA.— Sí, al fin y al cabo ya teníamos el dinero, y los médicos nos apremiaban. Así que nos marchamos al cabo de un mes o así.

SRA. LINDE.— ¿Y tu marido volvió completamente recuperado?

NORA.— ¡Sano como una manzana!

SRA. LINDE.— Pero... ¿y el doctor?

NORA.— ¿Qué quieres decir?

SRA. LINDE.— He creído entender que la chica llamaba doctor al señor que ha llegado a la vez que yo.

NORA.— Sí, era el doctor Rank; pero no ha venido por trabajo; es nuestro mejor amigo y se pasa por aquí una vez al día, como mínimo. No, Torvald no ha vuelto a estar enfermo ni un solo día. Y los niños están sanos y fuertes, igual que yo. (*Se levanta de un salto y aplaude con las manos.*) ¡Por Dios, por Dios, Kristine! ¡Qué maravilla y qué gusto es vivir y ser feliz!... Ay, pero qué desagradable soy... no hago más que hablar de mis cosas. (*Se sienta en una banqueta pegada a ella y le pone los brazos en las rodillas.*) ¡Ay, no te enfades conmigo! Dime, ¿es verdad que no querías a tu marido? ¿Y por qué te casaste con él?

SRA. LINDE.— Mi madre vivía aún, estaba en cama y desamparada. Y además tenía que ocuparme de mis dos hermanos pequeños. No me pareció sensato rechazar su oferta.

NORA.— Ya, ya, puede que tengas razón. ¿Así que en aquel momento era rico?

SRA. LINDE.— Era bastante adinerado, creo. Pero sus negocios no eran muy seguros, Nora. Cuando murió, las cosas se torcieron y no quedó nada.

NORA.— ¿Y luego...?

SRA. LINDE.— Bueno, pues tuve que salir adelante con una tiendecita, un colegio modesto y, en general, con cualquier cosa. Los últimos tres años han sido como una larga jornada de trabajo, continua y sin descanso. Pero ya ha pasado, Nora. Mi pobre madre ya no me necesita, porque nos ha abandonado. Y los chicos tampoco; los dos tienen trabajo y se pueden mantener a sí mismos.

NORA.— Qué ligera te debes de sentir...

SRA. LINDE.— Pues no, solo enormemente vacía. Ya no tengo a nadie por quién vivir. (*Se levanta inquieta.*) Por eso no aguantaba más en aquel rincón perdido del mundo. Aquí tiene que ser más fácil encontrar algo que te absorba y te ocupe la cabeza. Con un poco de suerte, podría conseguir un puesto fijo, un trabajo en una oficina...

NORA.— Ay, pero Kristine, eso es cansadísimo; y tú ya pareces agotada. Te vendría mucho mejor un balneario.

SRA. LINDE (*se dirige a la ventana*).— Yo no tengo un papá que me lo pague, Nora.

NORA (*se levanta*).— ¡Ay, no te enfades!

SRA. LINDE (*se acerca a ella*).— Querida Nora, no te enfades tú. Esto es lo peor de una posición como la mía, que te amarga el alma. No tienes a nadie por quien trabajar, y aun así te ves obligado a buscarte la vida por todas partes. Al fin y al cabo hay que vivir; y acabas volviéndote una egoísta. Ahora, cuando me has contado el afortunado cambio en vuestra posición... ¿te lo puedes creer?... no me he alegrado tanto por ti como por mí.

NORA.— ¿Qué quieres decir? Ah, ya entiendo. Piensas que quizá Torvald podría hacer algo por ti.

SRA. LINDE.— Sí, eso he pensado.

NORA.— Y eso es lo que va a hacer, Kristine. Tú déjalo en mis manos; voy a presentárselo tan bien, tan bien... me voy a inventar algo tan adorable que le va a parecer estupendo. Ay, no sabes las ganas que tengo de ayudarte.

SRA. LINDE.— Qué bonito, Nora, que pongas tanto entusiasmo en ayudarme... Doblemente bonito es que lo hagas tú, que sabes tan poco de los lastres y las dificultades de la vida.

NORA.— ¿Que yo...? ¿Que yo sé poco de...?